

Zamacola. Un bandolero vasco en el Chaco



Fabio Javier Echarri

ZAMACOLA

UN BANDOLERO VASCO EN EL CHACO



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Noviembre de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Fabio Javier Echarri

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra

ISBN
978-84-15313-00-7

DEPÓSITO LEGAL
NA. 3.374-2011



Para María Ofelia, Mariana e Iñaki.
Para Carlos Javier y Gabriela.
Para Alejandra y Sofía.

Esta novela histórica está basada en hechos, personajes, informes oficiales, reportes periodísticos, lugares y testimonios reales.

Agradezco a quienes me aportaron información, como también a autores, periódicos, publicaciones e instituciones cuyo trabajo y material editado ha servido para escribir esta historia. Ellos son: Ricardo Ifrán, Armando Echarri, Antonio Castejón, Diario *El Territorio*, Fundación Vasco Argentina «Juan de Garay», Gobierno Vasco, Guía del Chaco, *La Voz del Chaco*, Archivo Histórico del Chaco, Juan Madariaga Orbea, Oscar Mari, Guido Miranda, Manuel Montero, Fernando Romero Romero, Ramón de las Mercedes Tissera, Museo Policial del Chaco, Biblioteca Popular «Bernardino Rivadavia».

Agradecimientos Especiales:

Domingo «Quique» Zamacola y Ricardo Ifrán por sus testimonios. María del Carmen Mac Donald por su paciencia de correctora y amiga. Imanol Orbeago Aizpurúa por la traducción de algunos párrafos al euskera.

Dicen que el lema de Zamacola es no matar y no extraer dinero a nadie que no fuera a los «pulpitos». Y como para ratificar su tesis, allí está su gesto para con el empleado Garibaldi de la casa Dreyfus asaltada ayer. También se llevan nuestros 600 pesos de ahorros, les impetó Garibaldi [...]. Bastó el reconocimiento de la violación de su tesis para que Zamacola ordenara imperativamente a su cómplice: entregue al señor los 600 pesos. Es el lado romántico de estos modernos delincuentes con reacciones místicas.

Este *sui generis* asaltante goza de «gratitud» entre la gente pobre que habita las regiones de sus andanzas. Zamacola la ha complicado repartiendo parte del producto de sus atracos a las sucursales o pagadores de las grandes firmas que operan en el Chaco. ¡Y no mata!

Va siendo pues este asaltante, personaje de leyenda, y nada extraño será que, el día que lo atrapan o muera, las multitudes del interior lleguen hasta su celda o prendan velas en su sepultura.

(Diario *El Territorio*,
7 de agosto de 1936).

EL HOMBRE

EL EUSKERA FUE LA LENGUA MATERNA de Eusebio Zamacola Abrisqueta, a quien su madre le había enseñado a rezar el Padrenuestro y que, a pesar de no ser católico practicante, jamás olvidó.

Había nacido en el poblado San Miguel de Basauri, Bizkaia, la provincia más occidental del territorio vasco, el 5 de marzo de 1904. Aprendió desde la cuna a llamar *aita* a su padre, Domingo Zamacola Arancheta, natural de Eibar, y *amatxo* a su madre, Isidora Abrisqueta Larrañaga, originaria de Basauri. Fue el mayor de una familia que además se componía de sus hermanos Fernando, Domingo, Cesáreo, Alejandro y María, quienes nacieron en Galicia, pues el padre debió migrar para trabajar como contratista de material de cantería en una empresa constructora, que más tarde lo llevaría a otros lugares. Recalaron finalmente en el Puerto de Santa María, en Cádiz.

A los miembros de la familia nunca les faltó lo esencial para vivir dignamente, aunque pasaron tiempos difíciles, y mantuvieron el orgullo de un apellido, que en euskera es un topónimo cuya etimología significa «ferrería de una estrechura» o «garganta entre montes».

Hasta fines del siglo XIX Basauri fue una población fundamentalmente dedicada a las actividades rurales, se cultivaba maíz y pastos para el ganado lanar y vacuno, y se veían algunos pocos molinos harineros. La producción era fundamentalmente para consumo local, pero en caso de sobrantes se comercializaba con otros pueblos costeros o comarcas vecinas, para adquirir aquellos productos apetecidos con los que no contaban, como el pescado extraído del mar por los arrantzales del mismo Bilbao, Lekeitio o Bermeo. A partir de la instalación de la fábrica La Basconia, en 1892, en el pueblo comenzó un proceso de industrialización de la zona que llevó a la desaparición de esas actividades, y a un notable aumento poblacional en poco tiempo, originado por gente de otros lugares de País Vasco y de la península que arribaban en busca de trabajo y mejores condiciones de vida.

Eusebio tuvo la oportunidad, que pocos tenían, de realizar estudios secundarios y destacarse como alumno, y llegó a terminar el ciclo básico del Comercial, que no era poco en aquellos tiempos. Todo un joven instruido que supo seguir los consejos paternos, y que continuó su formación de forma personal, adentrándose en los clásicos de la Literatura Universal y en libros de política internacional.

Pero cuando contaba con apenas 16 años, algo sucedió que cambió su vida. Fue reclutado por el Ejército español para la guerra que el Estado estaba llevando a cabo en el Norte de África.

No pudo evitar el alistamiento. Si no iba él, si se escapaba –lo que le hubiera resultado fácil–, la mala suerte recaería en un hermano. Bajó la cabeza, se mordió los labios de rabia, y marchó al frente africano. Sirvió en Tetuán, capital del Protectorado español de Marruecos. Participó en la guerra contra los bereberes que se rebelaron en 1921 y a los que España pudo dominar con la ayuda de Francia. Allí obtuvo experiencia en combate, aprendió supervivencia en duras



Anverso y reverso documento emitido por el Consulado Argentino en La Coruña. 1923.

condiciones y se adiestró en el uso de armas de todo tipo. Una experiencia que lo marcaría y que le serviría en el futuro.

Poco tiempo después de regresar a la península, a A Coruña, donde vivía una parte de su familia, comenzó a trabajar en una fábrica metalúrgica y a militar en un sindicato anarquista, para defender sus derechos y el de sus compañeros. En 1923 se produjo el golpe de Estado de Primo de Rivera, que anuló las garantías constitucionales, reprimió los nacionalismos y persiguió los movimientos sindicales anarquistas y socialistas. La situación se tornó difícil y, para no poner en peligro a los suyos, Eusebio tomó la decisión más difícil de su vida: se embarcó para Argentina a principios de 1924 en el barco *Vigo*, que partió del puerto de la capital gallega.

A diferencia de otros inmigrantes, no viajaba por el llamado de un familiar o un amigo para mejorar sus condiciones de vida. No iba a América a hacer fortuna. Llegaba como un perseguido político, que no quiso poner en riesgo a su familia, y movido por su espíritu de aventura. Con la esperanza de volver algún día a su patria.

El viaje lo hizo con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos que no dejaba escapar para evitar que se mezclaran con el agua azul y turbulenta del Atlántico. No abrigaba muchas esperanzas en la otra parte del mundo, y un sentimiento de angustia le oprimía el pecho. Sentía que había huido. No meditaba sobre las razones porque el sentimiento era más fuerte.

Apoyado en la baranda del *Vigo*, miraba la tierra a la cual quería volver. Iniciaba así una huida que le demandaría los próximos veinte años de su vida.

EL ARRIBO

LA MARCHA DEL TREN ERA LENTA. Inexorablemente lenta. Como si su destino en este viaje hubiera sido ser lento. Como si ese amasijo de hierros alargados supiera que llevaba una carga de hombres en sus entrañas, que serían protagonistas de la historia de un Chaco difícil, insalubre, duro y agreste, que no se decidía a ser una nueva provincia argentina.

La máquina había partido de Buenos Aires hacía ya tres días, haciendo largas escalas en Rosario, Santa Fe y Reconquista; parando en cada pueblo que asomaba al costado de las interminables vías, esperando que muchedumbres de criollos e inmigrantes y sus familias subieran y bajarán con sus pertenencias, y las mercancías se cargaran y descargarán en un desenfrenado movimiento comercial.

El ferrocarril era el medio de transporte más importante de la Argentina, tanto de carga como de pasajeros. Unía los pueblos más distantes, y miles de personas lo utilizaban en el viaje desde la Capital Federal a las provincias y territorios nacionales, en una época donde la movilización de inmigrantes por razones laborales era abrumadora. También servía a los trabajadores «golondrinas» que viajaban de chacra en chacra,

con sus familias y sus escasas pertenencias, para emplearse en las cosechas según la temporada.

La crisis mundial pegaba fuerte en el país, porque se cerraban mercados en todo el orbe. Pero la producción de alimentos y materia prima seguía a buen ritmo y era indispensable para la economía interna y externa. El trabajo, aunque no bien remunerado, continuó creciendo a ritmo acelerado.

No faltaba casi nada para la llegada de la primavera y el frío se hacía sentir como nunca a mediados de septiembre. El de 1930 era un invierno como pocos y la gente lo sentía en el cuero, como presagiando quizás otro invierno que había comenzado a principios del mismo mes y se llevaría casi un siglo en el panorama político argentino. El general Uriburu había derrocado al presidente Hipólito Yrigoyen, suprimiendo todas las garantías constitucionales e instaurando el terrorismo de estado en Argentina, que serviría de ejemplo para algunos de los sucesivos gobiernos autoritarios, tanto los que asumirían el poder por la fuerza de las armas, como por el voto en elecciones, generalmente fraudulentas.

Eusebio Zamacola Abrisqueta era uno de los tres hombres que viajaban en el séptimo vagón de carga. Estos sitios eran elegidos por aquellos que no podían pagar su pasaje, o por quienes preferían pasar desapercibidos, y a quienes los empleados del ferrocarril nada decían y hasta veían con simpatía. O solamente eran hombres a los que la vida había acostumbrado u obligado a tirar unas mantas y acurrucarse en cualquier rincón. Él no sabía muy bien qué hacía allí ni por qué había emprendido este viaje. Alguien se lo sugirió, se presentó la oportunidad y tomó la decisión, como tomaría otras cientos de decisiones sin comprender los motivos ni las razones. Eso era lo que menos le importaba; quizás hasta le agradaba y lo tomaba como un desafío. Creía

que determinadas cosas había que hacerlas; y no se cuestionaba el porqué.

Durante el trayecto, considerando la información que le suministraron, dos alternativas dieron vueltas en su cabeza. Una era quedarse en Resistencia y conseguir trabajo allí mismo o en alguno de los pueblos de los alrededores de la capital del Territorio, donde se habían abierto nuevas fábricas en los últimos años, relacionadas con la explotación maderera y la curtiembre. La otra era continuar el viaje hacia el interior, hacia el oeste, a pueblos como La Verde o La Escondida porque, según decían, había tanto o más trabajo, y preguntaban menos por los antecedentes del postulante. Hacia allí decidió seguir y sus compañeros estuvieron de acuerdo en acompañarlo. En definitiva, les daba lo mismo un lugar que otro.

El tren entró escupiendo un humo negro y espeso en la ya entonces considerada una gran ciudad, que lo era si se la comparaba con la vecina Corrientes, trescientos cincuenta años más vieja pero menos, mucho menos pujante que Resistencia. Recaló en la estación del Ferrocarril Francés, un enorme edificio de dos plantas y techo de cinc que terminaba en cenefas decorativas a dos aguas, que fuera inaugurado en 1907 y diera inicio al tendido de las líneas hacia el interior del Chaco.

Los tres hombres corrieron la pesada puerta de chapa lo suficiente como para darles espacio para salir. Bajaron a tomar un poco de aire, estirar las piernas y fumar un cigarro. Uno sacó del bolsillo interno del saco una petaca, la desenroscó y le dio un sorbo largo. Luego se la pasó a los otros que no quisieron o no supieron negarse. Una forma de calentar el cuerpo. Una forma de calentar el alma. Uno de ellos dijo:

—Voy a buscar algo caliente para tomar.

—Te acompaño –dijo otro.

El tercero no dijo nada y se quedó parado, de espaldas al andén, mirando el movimiento del lugar, las actividades de los empleados ferroviarios, y sintiendo el murmullo de la gente que subía y bajaba.

Cruzaron una ancha avenida y se dirigieron a una fonda aleadaña al Hotel de Inmigrantes, ubicado a unos cincuenta metros de donde estaban, y regresaron enseguida con un jarro de café caliente que compartirían entre todos. Bebieron recostados contra una pared ubicada perpendicularmente al andén, separados unos metros del resto de los pasajeros. Esperaron hasta que se inundara el lugar del mismo humo negro y espeso, todos los viajeros hubiesen subido al tren y el guarda, tomado del pasamano, hiciera sonar el silbato de partida. Entonces sí, la máquina se puso en marcha tosiendo los desechos del carbón de la caldera y haciendo chirriar los rieles. Los vagones comenzaron a pasar uno a uno lentamente. Cuando estaba ya a punto de escapárseles el que ellos habían ocupado, subieron de un salto para tomar su lugar en el fondo del rectángulo de chapas grises, acomodándose para soportar unas horas más de traqueteo.

La marcha seguía lenta, cada vez más lenta. O por lo menos daba esa sensación. En pocos minutos las viviendas comenzaron a ralear en el paisaje, desaparecieron de repente y volvieron a aparecer, esta vez con luces más difusas. De tanto en tanto se veían lagunas a los costados de las vías, y algunos islotes de ranchos con gente reunida alrededor de una fogata. Llegaron al puerto de Barranqueras.

Aquí la espera fue más larga. Cargaron y descargaron mercaderías que habían hecho o harían el viaje por el Paraná hasta Rosario o Buenos Aires, o seguirían con el ferrocarril hacia las colonias del interior chaqueño. La cercanía del río daba la sensación de que el frío arreciaba y los tres ocupantes del vagón número siete se acurrucaban más entre

viejas mantas y buscaban abrigo en medio de los cajones de mercaderías.

A partir de ese punto, el tren, que hizo cientos de kilómetros de sur a norte, se puso en marcha hacia el noroeste. Las estaciones se iban sucediendo de tanto en tanto, en un tiempo difícil de calcular. Al cabo de dos horas la locomotora se detuvo en el poblado de La Verde. El Vasco se puso de pie, tocó el hombro a cada uno de sus compañeros que dormitaban en un rincón del vagón y les dijo:

—Levántense, tomen sus cosas. Aquí nos bajamos.

Los tres hombres venidos del sur, sin decir ninguna palabra, tomaron sus pocas pertenencias y se apearon. El guarda los vio bajar y se quedó mirándolos. Uno de ellos giró su cabeza, lo miró, y levantó su mano. El saludo fue correspondido.

Caminaron sin apuro, como para desentumecer el cuerpo, rumbeando hacia un monte cercano, que nacía a unos doscientos metros de donde estaban. No debieron buscar mucho para encontrar un claro que se les presentaba confortable para pasar la noche. Uno a uno fueron dejando sus cosas en el suelo y armaron el campamento. Colocaron mantas en el piso y se ampararon entre unas ramas haciendo una especie de techo para frenar el rocío. Buscaron leña seca para prender el fuego que serviría para calentar el agua y hacer unos mates. Sentados en unos troncos tomaron unos cuantos para engañar las tripas. No faltaron los cigarros ni algunos tragos de caña de la petaca pegada al cuerpo.

«Carajo, que hace frío», dijo el Vasco sin esperar respuesta. Ninguno de los otros contestó; no hacía falta. El Vasco se levantó, apagó el fuego pateando la tierra del costado del fogón sobre las llamas y se encaminó al poblado. Los otros dos se levantaron sin decir nada, apenas se miraron y lo siguieron, como siguen los perros a su amo.

SEGÚN SE DESCUBRE EN LOS ARCHIVOS de la policía del Chaco medía «un metro setenta y cinco centímetros, tenía ojos y cabellos castaños, nariz regular, cutis blanco y mentón prominente». Se paraba erguido y miraba directamente a los ojos, y no había nada a lo que le tuviera miedo. Era reconocido por ser un hombre de palabra, confiable, solidario y buen amigo. Alguien que nunca iba a dejar a nadie en la estacada, aunque para ello debiera arriesgar el pellejo. Esta fama se la había ganado en más de una reyerta en las villas de otras ciudades argentinas.

El más bajo de los tres se llamaba José Saade, a quien apodaban «el Turco». Un inmigrante libanés con dificultad para expresarse en castellano, de pocas palabras y no muy confiable. Se había pegado al Vasco en Rosario cuando este lo salvó de que el filo de un puñal se le metiera en la garganta en un bar de mala muerte, y terminaron pasando juntos unos días en una mugrosa celda de la policía santafesina. Fue en agosto de 1928. Allí conocieron al tercero que decía llamarse Ernesto Monti, ciudadano argentino, que los apalabró durante ese tiempo de lo promisorio que se presentaba el norte del país, con gran cantidad de inmigrantes

que iban y venían, con cosechas abundantes y grandes sumas de dinero que llevaban las empresas acopiadoras para comprar los productos que luego salían por el puerto de Buenos Aires. Sin tener trabajo fijo y nada que hacer, y algunas expectativas de encontrar algo honesto, el Vasco y el Turco decidieron emprender el viaje.

Las tripas dolían a esa hora de la noche y no había con qué anestesiarlas, aunque el agua del mate lavado hecho con yerba secada al sol parecía, por momentos, menguar la ansiedad. El humo de los cigarros llenaba los pulmones de energía.

Las luces del poblado se veían a unos trescientos metros, y hasta allí se dirigieron los hombres. El jefe iba adelante; los otros dos a unos tres metros de distancia. Siguieron las vías del ferrocarril y las cruzaron a unos cincuenta metros a la derecha de la estación sonámbula, iluminada por una tenue luz de farol que apenas dejaba divisar a un viejo dormido en uno de los bancos de la galería, y al guardia que, con una escoba en la mano, amagaba rozar la dura paja contra el piso.

Pocos metros más adelante divisaron una fonda, que después supieron pertenecía al vecino José Antonio Gallardo, y donde, además de servicio de almuerzo y cena, se alquilaban unas sucias habitaciones a huéspedes temporales. Llegaron al portón pero no intentaron abrirlo; era más fácil y práctico pasar por el roto y herrumbrado alambrado perimetral del costado. Caminaron casi juntos hasta la puerta de ingreso y el Vasco, que iba en medio, se paró frente a la misma. No se oía a comida ni se sentía movimiento, y solo una luz en una habitación del fondo hacía prever alguna presencia. Los miró a los otros que entendieron que debían ponerse cada uno a un costado, de espaldas a la pared, cubriendo todo el frente. Tanteó el picaporte y la puerta se abrió sin emitir ruido alguno y al menor empujón. Se veía un comedor con cuatro mesas y sillas, un mostrador al fon-

do a la derecha y un aparador con estantes de bebidas. A un costado se abría un angosto pasillo que conducía a las habitaciones y desde donde se divisaba la opaca luz de una lámpara encendida en un dormitorio. Una de las mesas daba señales de haber sido ocupada recientemente: dos galletas y una botella de vino con un cuarto de su contenido lo reflejaban. Un saco colgaba de la silla ubicada en la cabecera.

Zamacola puso la palma de la mano en las cachas del 38 que asomaba en la cintura y entró sigilosamente. Tomó lo que había sobre la mesa que alcanzaba para mitigar el hambre por esa noche sin correr riesgos. Dudó unos instantes mirando el saco y el frío pudo más; lo iban a necesitar. Volvió sobre sus pasos, arrimó la puerta sin hacer ruido y miró a sus compinches.

—¿Nada más? —preguntó el Turco.

—Nada más —le contestó.

—Esperen —dijo Monti—, voy a tantear alguna de las ventanas.

Hacer eso fue una estupidez. El Vasco lo sospechó y después se arrepintió de no haberlo evitado.

Dio vuelta a la propiedad en la penumbra. La primera abertura que intentó mover parecía estar clavada al marco. Fue a la segunda y notó que un alambre unía los dos postigos y la vio fácil. Puso el cuchillo en el medio y tiró hacia fuera, haciendo palanca contra la madera. Cedió con un leve chirrido, pero fue suficiente para despertar a quien dormía en el interior.

—¿Quién anda ahí? —gritaron desde adentro.

Los tres buscaron la salida del lugar dirigiéndose hacia el portón para pasar por el alambrado del costado.

José Blanco, el único inquilino de la fonda, salió corriendo por el pasillo hacia la entrada principal con el revólver en la mano. Cuando abrió la puerta apenas vio unos bultos que se esfumaban en la oscuridad de la noche. De todas for-

mas, disparó. Uno, dos, tres tiros. Por las dudas. No supo el resultado hasta el día siguiente.

Cincuenta metros corrió Zamacola, detrás de Monti y el Turco, con un balazo en el glúteo izquierdo. Cuando estos se dieron la vuelta notaron que caminaba con dificultad y supieron que algo no había salido bien. Llegaron al monte donde estarían seguros, y comprobaron que nadie los había seguido. El alboroto había cesado, en un pueblo del interior del Chaco la gente no se molestaba por tres tiros en la noche que podían deberse a un festejo entre borrachos. El Turco lo ayudó a llegar al campamento improvisado.

—Este hombre llamará a la policía, si no es hoy será mañana —dijo el Vasco—. Dejadme aquí que me las arreglo de alguna forma, y tratad de llegar a lugar seguro como puedan.

—¿Estás loco, Eusebio? —acotó el Turco—. Vinimos juntos y de acá nos vamos juntos. Monti, quedáte con él, fijáte si podés hacer algo con esa herida, que voy a darme una vuelta a ver si consigo alguna ayuda.

—Toma —dijo el Vasco—, llévate el saco. En el bolsillo hay alguna plata y un reloj que vale algo y te pueden servir.

Saade salió rumbo al poblado mientras Monti aplicaba sobre la herida unas compresas improvisadas con trapos viejos. Al llegar a las vías decidió seguirlas en dirección opuesta a la estación. Estaba seguro de conseguir a alguien dispuesto a prestar ayuda, sobre todo si podía pagar el favor.

El herido y su compañero permanecieron una hora y media en el campamento, mitigando el frío y el dolor de la herida con algunos tragos de aguardiente de tanto en tanto. Estaban seguros de que el compinche no los dejaría.

Un rato más tarde, el Turco volvió con la buena nueva.

—Listo, muchachos, encontré ayuda —les dijo—. A un kilómetro tenemos casa y comida, y el dueño ya salió a buscar

un médico amigo que no va a hacer preguntas y se contenta con el reloj. Después vemos cómo seguimos.

Tomaron sus bártulos y llegaron a duras penas.

Fueron hasta una casa situada a las afueras del pueblo, la casa de Larramendi, que no era distinta a cualquier vivienda de una chacra del interior del Chaco. Paredes de ladrillos asentadas en barro, techo de chapas a dos aguas con galería al frente, sostenida por columnas de quebracho. Ventana al lado de la puerta de ingreso y una en cada pared lateral del salón principal. Adentro, una cocina comedor y dos habitaciones enfrentadas por un pasillo con salida al patio, también con ventanas. El baño, de un metro por un metro con puerta de madera que no llegaba al techo y ventanita triangular a un costado, se ubicaba a unos veinte pasos del fondo de la casa. Cuando se acercaron al alambrado que la rodeaba, fueron recibidos por unos perros famélicos que antecedieron al dueño del lugar. Este encendió un farol y les abrió la puerta. En la sala había un catre con mantas sin acomodar para recostar al herido; los demás deberían echarse en el piso si querían descansar.

Acomodaron al Vasco que hacía fuerza para no manifestar el dolor que le afectaba el lado izquierdo del cuerpo, desde el hombro hasta el talón. Luego se abalanzaron sobre un guiso tibio que los esperaba sobre la mesa, con un poco de pan y una jarra con vino tinto. Larramendi, el dueño, los miraba mientras tiraba unas mantas sobre el herido, sin preferir una palabra.

Unos minutos más tarde los perros dieron aviso de que alguien se aproximaba. Era el hijo de Larramendi que había ido a buscar al médico López Mosquera. Este entró con un maletín en la mano y pidió una palangana con agua caliente y sábanas limpias. Arrimó una silla y se sentó al lado de Zamacola. Habló con amabilidad.

—¿Qué tal, amigo? —preguntó—. Necesito que se dé vuelta y me dé la espalda.

La sangre se había desparramado hasta la altura de la rodilla izquierda.

—Voy a necesitar que bajemos el pantalón, señor —dijo el médico—, y se coloque boca abajo en el catre.

Zamacola lo hizo sin proferir una sola queja. Se desabrochó el pantalón y lo dejó a un costado, sobre el piso de ladrillos. Se dio vuelta con las manos bajo el mentón sin sentir vergüenza.

López Mosquera limpió la pierna desnuda. Del agujero continuaba manando sangre. Abrió el maletín y sacó unos precarios instrumentos quirúrgicos para extraer la bala y suturar la herida. Iba a decirle al paciente que lo que venía sería doloroso, pero en ese momento se dio cuenta de que había perdido el conocimiento. Mejor, trabajaría más tranquilo, aunque se sentía presionado por la mirada de los dos secuaces.

Notó que el proyectil se encontraba incrustado en la pelvis, así que se limitó a limpiar la zona y cauterizar los tejidos dañados. Fue suficiente para salvarle la vida. Se lavó las manos, guardó sus cosas, apretó entre sus dedos el reloj que le alcanzó el Turco, masculló un saludo de despedida y se marchó.

—Señor —dijo Monti dirigiéndose a Larramendi—, ¿se podrá conseguir un coche para llegar hasta Resistencia?

—Deme media hora y le traigo un camioncito —respondió el dueño de la casa—. Preparen todo para cargarlo apenas lleguemos.

A las seis de la mañana del 16 de septiembre, un Ford 1924 propiedad de Alejandro Camors transportó a Eusebio Zamacola, Ernesto Monti y José Saade rumbo a la capital del Chaco. El camino, que en realidad era una picada abierta en el monte con espesos matorrales a cada lado, estaba



Ficha dactiloscópica de Eusebio Zamacola. Anverso y reverso.

en muy mal estado y hacía saltar al Vasco en cada pozo y caer pesadamente sobre la chapa de la caja, provocándole un fuerte dolor en la herida que lo obligaba a morderse la lengua para no proferir un grito. Las tenues luces del camioncito apenas alumbraban a diez metros, pero la claridad del día se filtraba poco a poco entre las gruesas nubes.

Todos estaban tensos. Los asaltantes y el conductor. No sabían si el inquilino de la fonda que les había disparado habría presentado la denuncia. Creían en la posibilidad de que después de lo acontecido podría haber vuelto a dormirse para dirigirse a la seccional durante la mañana. O que en La Verde no hubiera ningún policía de guardia.

Se equivocaron. Una hora y media más tarde fueron detenidos por un piquete policial que los esperaba en la localidad de Colonia Elisa, advertidos por una patrulla que había salido de La Verde unas horas antes. No ofrecieron resistencia; habría sido inútil ofrecerla en el estado en que estaba el jefe y con apenas dos revólveres, contra un grupo de diez milicos.

El trato dispensado por la policía no fue bueno a pesar de que obedecieron, aunque los agentes no necesitaban razones para tratar mal a cualquier sospechoso. Fueron conducidos hasta Resistencia; Monti y Saade a la comisaría local, y Zamacola al Hospital Regional Común del Chaco. Su director, el doctor Julio Cecilio Perrando Alconero, envió unos días más tarde un informe a la jefatura de policía en el que decía que «este enfermo detenido que presentaba a su ingreso fuertes dolores en la región glútea, como consecuencia de una herida de bala, fue operado por el médico de servicio a que correspondía a los pocos días de su ingreso con un resultado mediocre pues si bien es cierto que ha mejorado bastante y no padece los dolores que tenía, su estado no es del todo lo satisfactorio que se buscaba y deseaba».

Eusebio Zamacola Abrisqueta y Julio Perrando Alconero entablaron una interesante amistad en esos meses de convalecencia. Sentimientos en común los unían.

LA MADRE DEL DIRECTOR había nacido en el País Vasco y el médico exhibía orgulloso esa ascendencia y su segundo apellido: Alconero. Ese sentimiento y el desconocimiento de la tierra de su progenitora, llevó a Julio Perrando Alconero a entablar una particular amistad con el paciente Eusebio Zamacola Abrisqueta.

Todas las noches se dirigía al pabellón en el cual estaba internado, corría el biombo para separarlo de la vista de los otros pacientes, ordenaba salir al policía casi dormido que hacía guardia en la puerta, y comenzaba una charla que podía llevar horas. Zamacola siempre se prestó al diálogo, porque el médico le prodigó un trato afable y cordial que nunca había recibido en Argentina.

Perrando llevaba el mate y la pava que apoyaba en el piso, y arrimaba una silla a la cama para sentarse al lado del Vasco.

—Dale, Eusebio, contáme algo de allá—comenzaba diciendo.

Estas palabras transportaban al paciente a otras épocas no muy lejanas para él, y se permitía hablar con el médico como no podía hacerlo con otros. Tal vez porque no quería; o porque sabía que no lo entenderían. Le contaba entonces

del paisaje montañoso del interior y las abruptas costas del Mar Cantábrico, de Bilbao y el río Nervión que desembocaba en el Golfo de Bizkaia. De sus continuas visitas a los valles interiores poblados de montañas que templaron el espíritu del hombre del lugar a través de los años. Del idioma hablado por generaciones que algunos querían extinguir.

Perrando poco sabía de todo eso pero pudo entenderlo. Se encontró frente a un hombre que no era un hombre común. No era uno más de los miles de inmigrantes que arribaron a Argentina perseguidos por la hambruna y la falta de trabajo en sus países de origen. Tenía enfrente a un hombre con una interesante formación intelectual, poseedor de un saber que superaba el término medio, y con quien podía expresarse libremente. Un hombre que no vino a buscar fortuna, sino refugio para tomar fuerzas y volver cuando los tiempos fueran más propicios.

—¿Cuál fue la razón por la que viniste, Eusebio? —le preguntó tímidamente mientras sorbía un mate.

—No sé exactamente, doctor. Si permanecía allí tendría problemas que involucrarían a la familia y eso era algo que no podría soportar. También me impulsó un poco mi espíritu de aventura. Pero una aventura que yo quería correr por mi cuenta, no signada por los destinos de una política sucia y mezquina. Yo fui reclutado a la fuerza y tuve que pelear en el norte de África, y matar bereberes que luchaban por su tierra y su libertad.

Perrando escuchaba. Levantaba la pava de tanto en tanto y cebaba un mate lavado y tibio que compartían. Y escuchaba.

—Tenía que irme, doctor —continuó Zamacola—. Había empezado a militar en el anarquismo y en los sindicatos, y me costaba someterme a una autoridad y a un patrón de fábrica que trataba mal a los trabajadores, que nos explotaba y no nos pagaba lo que merecíamos, que no nos daba un

día de descanso a la semana, mientras él se llenaba los bolsillos a costa nuestra sin importarle mínimamente nuestra condición.

Hizo una pausa, se quedó pensando con la mirada perdida en el vacío.

—¡Y la puta carajo! Llegué a este país y empecé a trabajar en una fábrica metalúrgica en Rosario y me di cuenta de que los patronos son la misma mierda que allá. Todos son la misma mierda. Y los trabajadores de acá tienen que soportarlos, porque sino los dejan sin trabajo y nadie los defiende.

Perrando no articulaba palabra. Su realidad era distinta y era consciente de eso.

Era hijo de un genovés y una vasca de clase media, y pudo estudiar Medicina en la Universidad de Buenos Aires, como lo hicieron los hijos de inmigrantes arribados al país gracias a la gratuidad de la enseñanza. Se graduó en 1904 y luego de realizar una experiencia en el Hospital Rawson de esa ciudad, decidió venir al Chaco, donde sabía que no había médicos estables y las posibilidades laborales eran propicias. Inmediatamente lo designaron médico municipal en Resistencia, y luego teniente 1º en Sanidad de las tropas del Ejército acantonadas en el Territorio. Trabajó con la Asociación de Damas de Beneficencia instalando un pequeño hospital para servicio comunitario, hasta la inauguración del Hospital Regional Común del Chaco en 1910, del cual fue nombrado director.

Abrió un consultorio particular para atender a la clase más pudiente de la comunidad y poco a poco fue amasando una pequeña fortuna, y ocupando un destacado papel social. Llegó a ser el médico más importante del Territorio Nacional del Chaco casi por medio siglo. Deseado por las mujeres; envidiado por los hombres. Nunca se casó ni tuvo hijos a quienes heredar sus bienes. Dio mucho por los demás,

es cierto. Pero cimentó su bienestar personal sobre terreno firme y contundente.

Eusebio Zamacola, en cambio, se había jugado la vida por un ideal, por una causa que entendía justa. Y por ella dejó todo, para buscar un destino donde poder encajar con todo lo bueno y lo malo que cargaba sobre sus hombros.

—Contáme, Eusebio –inquirió Perrando–, ¿cómo fue que te metiste en problemas con la policía?

—Meterse en problemas con la policía aquí y en todas partes es fácil, sobre todo cuando uno no se calla la boca y no es dócil como ellos pretenden.

—¿Cómo fue?

—Una pelea intrascendente en una fonda de mala muerte en Rosario fue el comienzo. Estuve preso unos días, me encontré con otros en igual situación, y ya fuimos una banda. Y había que salir de ahí, porque no volvería a encontrar trabajo y la policía no tardaría en meterme una bala en la cabeza por cualquier cosa. Lo de acá usted ya lo conoce.

—¿Y por qué elegiste venir al Chaco? Acá hay trabajo en la cosecha, pero creo que eso no es lo tuyo –acotó el médico.

—¿Y por qué no? –dijo el Vasco–. Yo sabía que la situación que se vivía aquí era la misma que en el País Vasco, o por lo menos muy parecida. Una población autóctona explotada, una fuerza pública corrupta, autoridades a las que poco les importaba el pueblo. Un terreno fértil para un anarquista como yo, y con las fronteras de Paraguay y Brasil demasiado cercanas que representaban una vía de escape por si algo ocurría.

A Perrando le cerraba la explicación. Sentía una admiración que le resultaba difícil de ocultar, pero al mismo tiempo cierta envidia. Su vida era monótona y aburrida. Segura, es cierto. Pero aburrida.

—Bueno, Eusebio –le dijo–, ya me voy. Fue un gusto escucharte, como siempre. Espero que sigamos conversando.

—El gusto es mío, doctor. Es bueno hablar de tanto en tanto con un paisano. O con un casi paisano. Cuando me necesite, para lo que sea, ya sabe que puede contar conmigo y no le resultará difícil ubicarme.

—Voy a tratar de tenerte acá lo más posible —le dijo—, estarás mejor que en la cárcel. Ya di órdenes para que no hagan faltar nada y te traten bien. Conozco el trato que les dan a los presos. Cualquier cosa me hacés avisar y me vas a tener de visita y hablando con quien sea necesario. A mí acá me respetan.

Zamacola no dijo nada. Tal vez le preocupaba poco el futuro. Tal vez ya estaba aburrido de permanecer acostado en una cama de hospital con un policía de custodia.

Entró el agente que estaba de guardia, corrió el biombo para ponerlo a la vista de los otros internados, llevó la silla de al lado de su cama donde había estado el director del hospital y la acercó a la puerta de salida. La colocó enfrentándola al paciente, se sentó, cruzó los brazos, bajó la gorra para taparse los ojos y bostezó. Zamacola sintió lástima por el tipo.

Había pensado en escapar algunas veces, cosa que no le hubiera resultado nada difícil. Pero no conocía lo suficiente el Chaco como para mantenerse seguro afuera. Había que saber vivir en el monte y del monte. Un monte que era distinto al que conocía en su patria.

Lo mejor sería esperar y ver qué resolvía el juez. Se había cargado con toda la culpa de lo sucedido en La Verde y los otros no tardarían en quedar libres. No creía que iba a pasar más de dos años en la cárcel. Tiempo suficiente para madurar su futuro, aclarar sus ideas y hacer algunos amigos. Él no era como Perrando.

ZAMACOLA ERA EL LÍDER DEL GRUPO, tomaba las decisiones, y era él quien había recibido el disparo en el glúteo que le impidió moverse y escapar del lugar. Sus compañeros no lo abandonaron, lo atendieron y lo cuidaron, y procuraron por todos los medios sacarlo del problema. Asumir la responsabilidad de los hechos era para el Vasco una deuda moral, una obligación que de ninguna manera pensaba eludir, una forma de pagarles el favor. Por lo menos, así lo entendió en ese momento, y actitudes como estas fueron y serían una constante en su vida. También liberó de culpa y cargo a Larramendi y al médico Mosquera que supieron prestarle ayuda aunque cobraran para ello.

La condena que le dieron fue de tres años de prisión, a contar desde el día del robo. Es decir, debería salir el 16 de septiembre de 1933. Pero su buena conducta en la cárcel y las buenas conexiones del doctor Julio Perrando con las autoridades policiales y los jueces chaqueños hicieron que antes de terminar el año 31 recuperara la libertad.

Sin contar la mala cama de la cárcel, la mugre, el hacinamiento de la celda y una comida que vomitaría hasta un cerdo, no la pasó tan mal. Su sola presencia imponía autoridad,

y su trato amigable y cordial con la gente le granjeó el respeto de todos los internos del penal, del personal de guardia y de los policías. Además, como ocurría con todo preso que ingresaba, iba precedido por su fama: el haber exculpado a sus compañeros y cargar él con la culpa, era un gesto que en el ambiente penitenciario se sabía valorar en su justa medida. Cualquiera no lo hacía. La mayoría sucumbía a los duros interrogatorios y torturas a los que eran sometidos por la policía, y terminaba incriminando hasta a su familia si se lo pedían.

Esos meses en la prisión le sirvieron para meditar, recabar información sobre el Chaco, y para hacerse de nuevos compinches.

Tomó una importante decisión: volver a su patria. El clima en la península preanunciaba serios conflictos políticos que podrían desembocar en una guerra civil. Él no quería y no podía estar ausente de la misma. No deseaba zafarse de esa coyuntura histórica y creía que no era poco lo que podía aportar. Pensaba que su aventura en Argentina ya estaba terminada, que no le había ido tan bien aunque le había sumado experiencia.

Pero se le presentaban algunas dificultades para emprender el viaje, y la más importante era no contar con el dinero suficiente que demandaba la travesía en barco por el Atlántico. Sabía que no sería conveniente acudir a la embajada española y pedir que lo enviaran a combatir si era necesario, pues con sus antecedentes locales le argumentarían que no querían problemas con las autoridades argentinas. Entonces, ¿cómo lo conseguiría? Había dos formas, y trabajar era la más lenta. Y si optaba por hacerlo, ¿quién daría trabajo a un exconvicto?

Además, otro elemento, que sería una pieza fundamental en el entramado de sus planes en los próximos años, se sumó en ese momento a su vida: Mate Cosido.

Este coincidió con el Vasco en la cárcel de Resistencia. No eran iguales, ni siquiera parecidos, ni compartían los mismos códigos e ideales. Pero habían pasado por vicisitudes similares: perseguidos por la policía por delitos cometidos y otros inventados, formación intelectual por encima del término medio, de orígenes humildes, y empujados por las circunstancias a llevar un camino fuera de la ley.

Mate Cosido le habló de trabajar juntos, de formar una banda en la que compartirían el liderazgo por igual. A Eusebio no le quedaba otra opción; estaba solo. El Turco Saade y Ernesto Monti habían pasado apenas dos meses presos por el robo en La Verde, acusados de complicidad.

Salieron de la cárcel casi al mismo tiempo. Mate Cosido unos meses antes, y tal como habían convenido, se encontraron en un albergue de mala muerte en la localidad de Fontana, a escasos cinco kilómetros de Resistencia. Una localidad donde, desde hacía pocos años, se habían comenzado a instalar fábricas y se notaba el constante movimiento de trabajadores.

Convinieron que actuar en la zona de la capital del Chaco no sería prudente: había mayor vigilancia policial y el dinero estaba a resguardo en los bancos. El interior, en cambio, se veía vulnerable y desguarnecido.

Las operaciones comerciales más importantes se llevaban a cabo en los pueblos que en los últimos años se fueron fundando a los costados de las vías del ferrocarril, que penetró desde Resistencia hacia el oeste para unir esta localidad con Metán, en la provincia de Salta, y que se había bifurcado en Avia Terai hacia el sudoeste. Esta población se situaba a unos doscientos veinte kilómetros de la capital, y a cincuenta de Presidencia Roque Sáenz Peña, fundada en el corazón geográfico del Chaco.

Representantes de grandes empresas como Bunge & Born, Anderson, Clayton & Cia. y Dreyfus, recorrían en tren

o vehículo comprando el algodón producido en las colonias agrícolas, y supervisando su embarque en vagones de carga rumbo a los puertos de Rosario y Buenos Aires. Así la situación, el interior se presentaba interesante. Y poco peligroso para un grupo de hombres armados y decididos.

Mate Cosido convenció al Vasco, con argumentos contundentes, que había que hacerse fuertes en la campaña. Partieron en el mes de marzo de 1932 hacia Sáenz Peña, acompañados por el Catalán Noy, el Chileno y Antonio Rossi, alias «el Calabrés».

Juan Noy había llegado al país hacía unos cinco años para trabajar en una fábrica metalúrgica de Buenos Aires. Era un hombre alto y extremadamente delgado, de ideales anarquistas. Participó de actividades sindicales que le valieron el despido, la cárcel y la imposibilidad de conseguir trabajo en la capital argentina. En un tugurio de los suburbios porteños conoció a José María Cardozo, un mendocino que se había dedicado al contrabando en su provincia, pasando largas temporadas en Chile, donde se le pegó el acento y muchos lo creyeron chileno. Huyendo de la policía local recaló en Buenos Aires. Noy lo convenció para que juntos asaltaran la casa de un antiguo directivo de la empresa donde trabajaba, más por venganza que por conveniencia. Fueron detenidos y condenados a dos años de prisión. Una vez afuera, decidieron buscar fortuna en el norte argentino, y llegaron al Chaco casi por casualidad. Aquí conocieron a Mate Cosido y al Calabrés en un hospedaje de Fontana, coincidieron en sus proyectos y comenzaron a planificar actuaciones conjuntas.

Con pocos pesos en el bolsillo, los cinco compañeros fueron alojados en Sáenz Peña por un maleante compinche de Mate Cosido, un tal Romualdo Pérez, delincuente de poca monta, vago y adicto al alcohol, que tenía un triste y mugroso rancho a las afueras del pueblo.

Fue justamente Pérez, un tipo mandaparte y altanero que creía saberlo todo, quien les proporcionó el dato: en la caja fuerte de la farmacia del pueblo se guardaba una importante suma de dinero. Ni el Vasco ni Mate Cosido se lo creyeron, pero unos pesos venían bien y serían necesarios para costearse el viaje, siguiendo el itinerario previsto.

En la madrugada del 1 de abril de 1933, Pérez llevó al grupo hasta la puerta de la farmacia de Mariano Gutiérrez, ubicada en pleno centro del pueblo, en la calle 12 entre la 9 y la 11.

Eusebio y el Calabrés hicieron guardia en la puerta, mientras los otros tres treparon por el muro de una finca vecina, ingresando al depósito del comercio.

La mala suerte les jugó una mala pasada, sobre todo a Zamacola. El propietario se despertó al escuchar unos ruidos y los ladridos de los perros, alertó a sus empleados que dormían en el lugar, y llamó por teléfono a la policía.

En pocos minutos, cinco agentes armados se hicieron presentes, y cuando los que habían ingresado a la farmacia ganaron la calle, el grupo comenzó a huir en distintas direcciones.

El Vasco y el Calabrés lo hicieron juntos. Llegaron a la esquina y tomaron la calle 9 rumbo al oeste para meterse en el monte que se divisaba a unos cuatrocientos metros, con tan mala suerte que un policía montado, que hacía su ronda en la esquina de la calle 10, los divisó y les dio la voz de alto. Este dijo después que respondieron con tiros, lo que fue desmentido por el propietario del mercadito «9 de Julio», un inmigrante italiano llamado José Paván Garabello, que a esa hora ya estaba, con el mate en la mano, esperando en la puerta la llegada de verdura fresca y la media res que desmembraría a puro serrucho y cuchillo. Su esposa, Juana Riera Martí, natural de Manacor, Mallorca, corroboró sus dichos. El policía los persiguió a caballo, con la 45 en la mano y

tirando a cualquier parte, hasta que los fugitivos ganaron los matorrales que ya se asomaban en la calle 2. No quiso continuar la persecución en una zona donde se vería vulnerable.

Los otros tres, que habían huido en dirección contraria respondiendo al fuego de los policías que poco se arriesgaban a salir heridos del encontronazo, pronto estuvieron en las afueras del pueblo.

Nada se había robado. Nadie había sido detenido. Ninguno había resultado herido. Pero al despuntar el día y recorrer la zona en busca de alguna pista, la policía de Sáenz Peña se llevó una grata sorpresa. En una finca de las afueras, pasando unos cien metros la calle 2 del pueblo, un pozo sin brocal les había dado un prisionero. Tres metros de profundidad con cincuenta centímetros de agua se convirtieron en la celda de Eusebio Zamacola. Había caído en la oscuridad de la noche, mientras el Calabrés siguió corriendo sin reparar en su compañero, que no encontró en las paredes de ese maldito agujero nada con que asirse para trepar. Una mala jugada del destino.

Fue un premio inesperado para el comisario González, conocido en la región por su mano dura y el mal trato dispensado a los detenidos.

En el pozo encontraron, además, una pistola fabricada en Eibar, calibre 9 milímetros, con ocho proyectiles.

Eusebio confesó el intento de robo y algo más. No tuvo alternativas. Lo metieron en una celda mugrienta de dos metros cuadrados y no le dieron de comer por tres días, tirándole baldazos de agua fría cada dos horas para que no pudiera conciliar el sueño y dándole rebencazos en el lomo cada vez que algún policía quería divertirse.

Firmó lo que le pidieron que firmara. Aceptó haber robado una caja fuerte al ciudadano saenspeñense Manuel Gue-

rrero unos días antes. Podía probar que no lo había hecho. Pero el hambre y el sueño lo vencieron.

Días más tarde fue trasladado a Resistencia y puesto a disposición del juez letrado del Territorio, Julio Solano, que no se tragó el sapo que le quiso meter la policía de Sáenz Peña, y en poco menos de tres meses lo dejó en libertad.

El Vasco cargó bronca. Se arrepintió de haberse dejado convencer de correr riesgos por algo de poca importancia. De ahí en adelante, él tomaría las decisiones. Él comandaría el grupo. Él definiría los pasos a seguir. Él marcaría el rumbo de la banda. Quién no entendiera este nuevo estado de cosas, debería buscar su propio camino.



Segundo David Peralta, «Mate Cosido». En: Archivo Museo Policial del Chaco.

LA POLICÍA LO TENÍA REGISTRADO COMO Segundo David Peralta, y así se llamaba para ellos. Él firmaba con varios seudónimos, siendo el más conocido Manuel Bertolatti. Había quienes creían, y lo corroboraron con el tiempo, que este último era su verdadero nombre, y que no era un criollo como muchos pensaban, sino un inmigrante italiano arribado a estas tierras a principios del siglo XX, no registrado por la oficina de inmigraciones como sucedió con miles. Algunas cartas incautadas por la policía que había enviado a su hermana, Jesús Bertolatti, lo confirmarían. Otros argumentaron que serían hermanos de parte de madre, de allí la razón de los apellidos Peralta y Bertolatti. Pero para todo el mundo en este territorio que muchos creían olvidado de la mano de Dios fue, simplemente, Mate Cosido.

Se pensaba que así lo llamaban porque tomaba grandes cantidades de la infusión hecha con hierba –en este caso se escribiría Mate Cocido–, sin embargo, otros creían que su apodo se debía a una cicatriz en su cabeza –que los criollos argentinos llamaban mate–, que asomaba debajo de su cabello. Él nunca aclaró la cuestión, porque no le interesaba aclararla, pero algunos allegados sostenían que esa marca se la

debía a la policía tucumana. Otros, a una pelea a cuchillo y poncho envuelto en el antebrazo por una cuestión de polle-
ras y bajo los efectos de la ginebra.

A simple vista parecía un ser insignificante, de baja esta-
tura, enjuto y debilucho, con una mirada torcida pero al mis-
mo tiempo intimidante y amenazadora. Fumaba constan-
temente cigarros de baja calidad y caminaba lento, aunque
sabía moverse rápido en el tupido monte chaqueño. Mane-
jaba el Winchester y las armas de puño con gran destreza
y familiaridad, le daba lo mismo una pistola calibre 45 o un
revólver del 38, y no se amilanaba si tenía que enfrentarse
a cuchillo limpio. El ensayista chaqueño, Ramón de las Mer-
cedes Tissera, diría años más tarde: «Mate Cosido pudo tener
condiciones de jefe. Careció de la conciencia del renuncia-
miento y de la brújula de un ideal [...]. Su tiempo mismo era
de decadencia. Paradójicamente, sus hechos eran el reflejo
del estancamiento en que se consumía una sociedad sin sali-
da y un pueblo desilusionado. Esta falencia puede adver-
tirse también en el seno de los hombres que acompañaron
alguna vez a Mate Cosido. Unos continuaron insistiendo
neciamente con la negación de la ley hasta varios años des-
pués, cuando ya los tiempos habían cambiado y sus aven-
turas resultaban meras crueldades sin sentido. Pero otros
se recuperaron, no ya como buenos vecinos, sino como expo-
nentes de vidas reivindicadas».

Había venido a estas tierras desde la provincia de Tucu-
mán, y según se decía, porque dio muerte a un comisario
de pueblo que pretendió abusar de su mujer. Sí es cierto que
tenía familia en esa provincia, a la que visitaba cuando nece-
sitaba ocultarse por un tiempo y salir de la escena delictiva
chaqueña para aplacar los ánimos de la ineficaz y cuestio-
nada policía local. Una familia a la que nunca descuidó, y
entre cuyos miembros repartía gran parte del dinero obte-
nido en los asaltos.

Apareció en el Chaco allá por el 1926 junto a un sujeto llamado Antonio Rossi, más conocido como «el Calabrés». Este era un inmigrante italiano nacido en Reggio de Calabria, ciudad y puerto meridional situado sobre el estrecho de Mesina, frente a la isla de Sicilia, que vino a la Argentina por problemas con la policía de su país. Se radicó en Buenos Aires por unos meses luego de su arribo, no recibió buen trato de sus paisanos afincados en el barrio de La Boca, y probó suerte en Tucumán, donde conoció a Mate Cosido. Fue su ladero y hombre de máxima confianza desde el primer momento. Hablaban entre ellos algunas palabras en italiano, y eso reforzaba la hipótesis de su origen europeo. A ninguno de los dos le interesaba aclararlo.

Cuando llegaron a Resistencia cometieron una serie de delitos de poca importancia en la ciudad y sus alrededores porque había que llenar el estómago y pagar los vicios. Se encontraron con la policía y huyeron a Paraguay donde fueron detenidos luego de una reyerta callejera y deportados al Chaco para pasar unos años en la cárcel local. Aquí fue cuando conocieron a Eusebio Zamacola, el Vasco.

Mate Cosido lo vio entrar a la prisión caminando con cierta dificultad después de que le dieran el alta en el Hospital Regional. Cuando el Vasco se hubo acomodado en la cama asignada, de hierro y adosada a la pared, provista con un famélico colchón de plumas apelmazadas, entró de golpe a la celda y sin pedir permiso. Tal como acostumbraba a hacer.

Zamacola, sentado en la cama, acomodaba sus zapatos a un costado, en el suelo. Apenas levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—Te llaman el Vasco, según me contaron; yo soy Manuel—dijo Mate Cosido—. Bienvenido a este lugar, si es que aquí uno puede ser bienvenido.

—Así es, gracias, Manuel —respondió Zamacola, con la parquedad que lo caracterizaba, dejando traslucir su estado de ánimo.

—Bien, acomodáte, Vasco, ya tendremos tiempo de hablar. Estoy a tu derecha a dos celdas de distancia, junto a mi amigo el Calabrés, por si algo se te ofrece. Aquí se me respeta —se despidió Mate Cosido.

—Gracias, lo voy a tener en cuenta.

Eusebio Zamacola hubiera preferido no entablar amistad con el sujeto que acababa de conocer, de quien ya sabía algunos detalles de su vida.

Lo eludió lo más que pudo los primeros días, pero era imposible escapar a la charla entre los límites cerrados de la prisión. Además, no le resultaría nada conveniente intentar soslayar la presencia de Mate Cosido. Sabía que disgustar a este hombre podía significarle amanecer un día con las tripas desparramadas debajo de la cama. Adentro de la prisión, él dominaba la situación. Con los presos y los guardias. Por lo menos en esta época y bajo estas circunstancias. En el futuro, estaba por verse.

Las conversaciones entre ambos se fueron haciendo cada vez más frecuentes y largas, vigiladas siempre por la atenta figura de un guardián poco inteligente que solo podía conjeturar sobre la temática que trataban.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí, Vasco? —preguntó Mate Cosido—. Me imagino que algo tendrás planeado.

—No lo sé, Manuel —respondió—. Es cuestión de pensar-lo tranquilo y con tiempo, y eso es lo que nos sobra aquí adentro. ¿Se te ocurre alguna idea?

El Vasco portaba con orgullo su alias, que exacerbaba su sentimiento nacionalista y lo identificaba. Mate Cosido en cambio, estaba dispuesto a matar si alguien lo llamaba así.

—Me parece que los dos queremos lo mismo, Vasco. Hacer una buena suma de dinero lo más fácil posible e irnos de acá.

—Eso es seguro.

—Bueno, ya tenemos un objetivo en común, después viene planificar con cautela y con todos los detalles.

—Yo no mato, Manuel, que te quede claro. No lo hice en La Verde ni para defenderme, y quién sabe si no me hubiera evitado un balazo en el culo y hoy no estaría aquí. Tuve que matar a la fuerza en el Ejército y la cosa no me resultó nada agradable. Y tampoco quiero robar a los pobres trabajadores y colonos que se revientan la espalda en los algodones de sol a sol, tratando de sacarle algún fruto a esta tierra para sobrevivir a duras penas.

—¡Pero claro, Vasco! Estamos de acuerdo en todo —dijo Mate Cosido—. Tenemos que dirigir nuestras acciones contra los «pulpos» que tenemos en el Chaco, esas empresas explotadoras que se unen para fijar un precio para el algodón y monopolizan las compras del producto, y que hacen grandes fortunas. ¡Esos serán nuestros objetivos! Robándoles a ellos vamos a hacer un acto de justicia, y a ganarnos la simpatía de la gente que no los quiere, y que nos proporcionará los datos necesarios para asestar buenos golpes y salir limpios.

—Bien, matamos dos pájaros de un tiro. Vamos por los «pulpos» y le damos una mano a la gente que se siente maltratada. Hasta aquí vamos bien, pero, ¿cuál es tu idea respecto de las ganancias? —preguntó Zamacola.

—Nosotros somos los líderes y corremos los mayores riesgos, Vasco, por eso creo que nos merecemos la mejor parte. Vos y yo a cantidades iguales, sacando una cuarta parte para nuestros compañeros y para cubrir los costos que tengamos en común —respondió Mate Cosido—. Pero lo definimos en cada ocasión según el monto recaudado, ¿te parece?

—Hecho, me gusta. Pero la condición de nuestro acuerdo es que yo tengo la última palabra en la decisión de hacer el trabajo, una vez que se haya planificado todo con sumo detalle —acotó el Vasco.

Mate Cosido lo miró fijo. No estaba acostumbrado a que le impusieran tamaña condición. Nunca, ni de niño dejaba que otro tomara una decisión por él. Pero estaba firmemente convencido de que si quería hacer algo grande en el Chaco, dejando de ser un ladrón común y corriente, necesitaba un socio como Zamacola.

Asintió apenas moviendo la cabeza y le dio la mano. El Vasco no se convenció con ese apretón y no confiaría en ese socio circunstancial en el futuro. A partir de ahora, quedaría siempre entre dos fuegos: Mate Cosido y la policía del Territorio. De ninguno debía descuidarse. Los dos podían arruinarle la vida.

Pocos meses después, Mate Cosido y el Calabrés ya estaban en libertad. Se dirigieron desde Resistencia a la localidad de Fontana y alquilaron una habitación en un humilde pero decente albergue. Allí entablaron amistad con el Catalán Noy y el Chileno, y acordaron trabajar juntos. Solo había que esperar que se les sumara Eusebio Zamacola, y sabían que este llegaría de un momento a otro.

Unas semanas más tarde golpearon con fuerza su puerta. Mate Cosido y el Calabrés se levantaron, manotearon sus armas que tenían sobre una silla al lado de la cama, las amartillaron y se pararon contra la pared, al lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mate Cosido, listo para abrir fuego.

—Abre tranquilo, Manuel —se escuchó desde afuera—. Soy el Vasco.